

# Progresismo, ciencia y capitalismo en el Mercosur y más allá. Apuntes polémicos.

Pablo Rieznik

Universidad de Buenos Aires – Instituto Gino Germani

[rieznik2002@yahoo.com.ar](mailto:rieznik2002@yahoo.com.ar)

## Resumen

El artículo cuestiona la tesis que sostiene que los recientes gobiernos de Argentina y Brasil habrían abierto un nuevo rumbo en materia de política científica. Son países cuyas administraciones pretenden haber abierto un ciclo opuesto al de las neoliberales que las precedieron en el poder. El artículo argumenta que esto es falso si se consideran las marcas decisivas del neoliberalismo que los “antineoliberales” mantienen en pie: privatización del patrimonio público, hipertrofia del negocio financiero, trabajo precarizado, sometimiento de la economía a las exigencias del gran capital, etc. La política científica no podía escapar a las determinaciones más generales de esta orientación gubernamental en el cono sur de nuestro continente, más allá de matices y diferencias que son propias de cada experiencia nacional.

## Quid pro quo nac& pop

Hablar de un nuevo “modelo” de política científica nacional en la Argentina es sencillamente una impostura: no existe una política nacional en materia de ciencia y técnica (CyT). Ni siquiera un plan de conjunto, lo que se revela en el hecho de que los organismos de CyT dependen de siete Ministerios diferentes, o de ocho si consideramos que las universidades dependen administrativamente del ministerio de Educación. Cristina Kirchner creó un Ministerio de Ciencia y Técnica con ampulosa publicidad pero la nueva cartera, sin embargo, nada hizo al respecto; navegó sobre la fragmentación e inconsistencia de la política del sector de CyT de un modo deliberado. Esto explica por qué su orientación de trabajo se agota en la tarea de fomentar actividades aisladas cuyo único denominador común es que son lucrativas para los intereses capitalistas asociados a la explotación de algún nicho de la industria científica dominado por las corporaciones empresarias privadas. Por eso a la cabeza del Ministerio de Ciencia y Técnica se colocó a Lino Barañao, un hombre que acumuló experiencia en la Agencia de Promoción Científica, creada por Carlos Menem en los años noventa con ese mismo propósito. La “Agencia” fue establecida para sortear los obstáculos que planteaban las anquilosadas camarillas del Conicet (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), fundado medio siglo atrás y que pretendían imponer sus propias condiciones para avanzar en la colonización del quehacer de CyT, conforme los nuevos negocios en puerta.<sup>1</sup>

El “modelo” que el kirchnerismo pretende mostrar en su política de CyT no es tal (porque ello significaría un planteo integral de partes articuladas en una política científica de conjunto) y tampoco es “nuevo”: fue lanzado por el ex presidente “neoliberal”. No hay, entonces, ruptura con el pasado: “las políticas del Ministerio de CyT continuaron sustentándose, esencialmente, en articular emprendimientos productivos entre el sector privado y el público, sobre la base de proyectos generados en el sector privado y financiados o subsidiados por el sector público” (Grupo de Gestión, 2010). La caracterización corresponde a un grupo de científicos críticos de la formulación oficial de la política del gobierno.

El Ministerio de CyT ha priorizado la “innovación”, que según la definición de la Real Academia Española es la “creación o modificación de un producto, y su introducción en un mercado”, por lo que un aspecto esencial es su aplicación comercial por parte de las empresas. Su asunto no es la ciencia sino los negocios y por eso ha privilegiado los mentados “nichos” afines a posibilidades de ganancias capitalistas: las prioridades del Ministerio de CyT son la biotecnología, la nanotecnología y el software. En este terreno desarrolló su propia experiencia profesional el ministro Barañao, de modo que aquí también funciona el “capitalismo de amigos” que caracteriza a la administración kirchnerista. El principal proyecto en que se ha involucrado el Ministerio de CyT en materia de “innovación” supone un gasto de 14 millones de dólares (mitad público y mitad privado o de agencias capitalistas internacionales) para medicamentos de alta complejidad y muy caros, que permitiría abaratar costos a laboratorios farmacéuticos o ahorrar divisas en la importación sin alterar en nada el negociado descomunal de la medicina privada.

Sobre ninguna de estas iniciativas supuestamente innovadoras existe deliberación alguna, no ya en el ámbito popular, sino en el de la propia comunidad científica. El Conicet mantiene secularmente un funcionamiento vertical y aristocrático, la Agencia de

Promoción Científica ha pasado del manejo de las trenzas menemistas a las kirchneristas sin solución de continuidad. La ciencia “aplicada” que se estimula no consulta para nada los intereses de las masas, ni propende a la utilización de recursos existentes susceptibles de ser movilizados en beneficio de la mayoría de la población.

Nos preguntamos —el interrogante corresponde al grupo de científicos anteriormente citado— : ¿cuáles son los problemas que no permiten implementar, por ejemplo: la producción pública de medicamentos, de vacunas, de insumos médicos, la eliminación de vinchucas para atenuar la incidencia del mal de Chagas, eliminar arsénico de aguas para consumo, el saneamiento de cuencas fluviales, el control del uso de agroquímicos, generar polos tecnológicos públicos en donde se pueda producir, por ejemplo, anticuerpos monoclonales, proteínas recombinantes, productos químicos de síntesis, etc.? Todos ellos, desarrollos de aplicaciones múltiples que permitirían utilizar racionalmente el conocimiento existente y activar la capacidad potencial que subyace en los organismos de CyT y en las universidades nacionales.

El gobierno se adjudica haber incrementado la inversión en CyT pero su monto actual es de apenas el 0,6% del PBI, muy por debajo de los estándares internacionales y aún de Latinoamérica, muy lejos del mínimo de 1% establecido formalmente por los organismos de CyT más diversos. Algo parecido sucede con la reivindicación oficial de su apoyo al aumento de investigadores en el Conicet: en gran medida se debe a becarios que se encuentran en situación laboral absolutamente inestable: sin estabilidad, con remuneraciones en negro, sin obra social, etc. Con el kirchnerismo ha nacido el movimiento... de los “jóvenes científicos precarizados” que reclaman por sus condiciones de trabajo. A comienzos de este 2012 varios centenares de estos “becarios”, que formalmente debían ingresar en la carrera de “investigador” que es propia del Conicet, fueron rechazados y sometidos de hecho a un despido encubierto en masa, a pesar de haber reunido los requisitos académicos y curriculares exigidos para continuar con sus trabajos. En la actualidad tampoco los salarios de los becarios son abonados en condiciones normales, debido a restricciones presupuestarias que afectan su pago en tiempo y forma.

Queda como reflexión final algo obvio: un gobierno que ha pagado deuda al FMI y a la banca como nunca antes, que bajo la excusa de un desarrollo industrial ha convertido a la industria en una armaduría y a las exportaciones en soja dependientes y que ha saqueado los fondos de los jubilados para subsidiar al capital y a la usura, ¿por qué promovería una política científica nacional? No son solo las burbujas financieras las que hay que pinchar. Como aquellas, las del kirchnerismo terminarán derrumbándose por su propia inconsistencia.

### **Macaneo tropical**

No es muy distinto el panorama de la CyT en Brasil, tan marcado como el argentino por la distancia abismal que separa un discurso supuestamente progresista y la realidad. Un investigador que se alinea con el gobierno ha puesto de relieve en un pequeño texto reciente el completo fracaso de la política oficial en la materia. Así, según Renato Dagnino, en los largos años de la gestión del PT nunca se rompió con el planteo, que él mismo llama “conservador”, de desarrollar la CyT mediante al

gastado recurso de vincular la universidad y la investigación científica a las empresas. Se trata de un callejón sin salida, cuestionado desde hace cuatro décadas en los medios universitarios de Brasil y Argentina por intelectuales de las más diversas trincheras ideológicas. Es, además, un fracaso secular, si se tiene en cuenta un estudio al respecto del año 2000, patrocinado por el Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística (IBGE). El trabajo había detectado entonces 80.000 empresas que parecían ser “innovadoras”, sobre un universo muy amplio de 5 millones de compañías de todo tipo y tamaño. El foco del análisis se centró en 28.000 empresas, destacadas por su actividad en “innovar”. Resultado: el 80% compraba e importaba equipos sin ninguna actividad propia en materia de Investigación y Desarrollo (I+D). Además, las pocas empresas “innovadoras” no lo eran realmente: menos de 1% de las innovaciones que introdujeron en el mercado nacional eran novedad en el mundial. Y lo que era todavía más sorprendente, apenas utilizaban la estructura de investigación pública y los investigadores formados por el sistema de posgraduación (Dagnino, 2011).

Lo fundamental, sin embargo, es que nada cambió luego de que los neoliberales de la década del 90 *fuero* *embora*. En el período 2006-2008, mientras se formaron anualmente casi 30 mil maestros y doctores en “ciencias duras” que la política en materia de ciencia y técnica (PCT) supone son los que las empresas necesitan, el número de los que en ellas hacen I+D pasó de 4.330 a 4.398, un aumento de 68 investigadores en tres años. Lo que da una tasa de absorción anual de 0,07% (68 sobre 90.000), Mientras que en los Estados Unidos el 70% de los posgraduados formados cada año son absorbidos por las empresas. En el mismo período, apenas el 10% de las compañías innovadoras establecieron asociaciones con universidades e institutos de investigación y de éstas el 70% las consideró irrelevantes o de baja importancia. La conclusión, según Dagnino, es que “la PCT brasileña no ha conseguido movilizar nuestro potencial de generación de conocimiento tecnocientífico para promover la I+D empresarial. Tampoco logró hasta ahora atender las demandas cognitivas de la mayoría de la población.” La filiación del autor, allegado al oficialismo “lulista”, nos exime de comentarios adicionales: es una “confesión de parte”.

Habría que aclarar, en función de lo recién señalado, que si se contraponen al desastre descrito por Dagnino los “logros” de la asociación “universidad – ciencia – empresa” que son propios de los países desarrollados, como sería el caso de los Estados Unidos, el “modelo” no deja de ser una catástrofe. No sólo porque la I+D no puede inocular al capitalismo una vacuna contra el derrumbe que ahora se desarrolla ante nuestros propios ojos en tiempo real. También porque la captura y privatización de la I+D por parte de las empresas constituye en sí mismo un atentado a la ciencia y sus desarrollos en beneficio de la sociedad toda. Lo prueba el caso “canónico” de Apple, colocado recientemente en la primera plana de la prensa mundial por la muerte de su mentor, Steve Jobs. Vale la pena considerar el caso en particular. Antes, sin embargo, un comentario pertinente: en Brasil el Ministerio de Ciencia y Técnica cambió su denominación por el de Ciencia, Técnica & Innovación. De acuerdo a lo que planteamos en este artículo su nombre adecuado sería Ciencia, Técnica o Innovación.

## La manzana podrida

Los numerosos panegíricos sobre el fundador de Apple omitieron regularmente señalar que todos los avances de la producción tecnológica de la empresa tuvieron como base no la investigación desarrollada por Jobs sino la que en su momento se concretó en algunas universidades norteamericanas como Stanford y el Instituto Tecnológico de Massachusetts en la década del 60. Un conocido film sobre el origen de las empresas en la cuales nació la industria de la computadora tenía por eso el sugestivo título de “Piratas de Silicon Valley” (el lugar donde se radicó y desarrolló el negocio informático). No está mal que se considere a Jobs como uno de los mayores innovadores tecnológicos de la época si se despoja al concepto de innovación del halo que encubre su definición literal, a la cual aludimos más arriba, como “adaptación o modificación de un producto para colocarlo en el mercado”. Pero cuando el producto científico se convierte en mercancía, un producto privado, está sometido a las generales de la ley: no sólo se puede comprar o vender, también robar o adulterar.

La “innovación” conlleva un monopolio que al mismo tiempo paraliza el progreso técnico, su difusión y aplicación al servicio del bienestar humano. Todos los programas que sirven para poner en marcha los dispositivos digitales de Apple están “patentados”, es decir privatizados. Pero un “programa” es, en definitiva, una serie de secuencias de operaciones y cálculos matemáticos que son sustraídos de la posibilidad de su utilización por la comunidad científica, de especialistas y usuarios. Por lo tanto, la tesis de que con la difusión universal de los productos comercializados a partir de la iniciativa de Jobs hemos ganado en “libertad” y posibilidades “individuales”, porque se habría puesto a disposición de millones una tecnología que se manejaba en el ámbito de los especialistas, es simplemente un verso. Los defensores del “software libre” han puesto de relieve el carácter dictatorial del monopolio de los Steve Jobs sobre productos que deberían ser patrimonio de todos. Y no, además, fuente de carestía para el ciudadano común, de embrutecimiento para los “analfabetos” digitales, de negocios y subsidios multimillonarios para el *big business* de la informática. Bajo el control de los servicios de seguridad, los iPhones de Jobs se han transformado además en la posibilidad de establecer, no un universo de hombres libres, sino un “Gran Hermano” que controla la comunicación y la ubicación de cada uno de nosotros.

Si en la época de Newton el patentamiento se hubiera desarrollado a los límites que hoy conocemos, la fórmula de la ley de la gravedad sería...privada. Y estamos hablando de ciencia, no de técnica de programación. Jobs, en cambio, ha dejado a Apple con más de trescientas patentes. Aun así no sabe si esto le asegurará una sobriedad tranquila frente a los monopolios rivales. Porque ahora se ha desarrollado lo que un comentarista denominó recientemente una “loca carrera de patentes” que inundan los estrados judiciales de diversos países. El carácter parasitario de este asunto se revela en el comentario de un analista de la industria que afirma que si las cosas siguen así, las empresas como Apple (o Google, o Samsung y otras) tendrán entre sus empleados “más abogados que ingenieros”.

Se ha comparado con cierta razón a Jobs con Edison, que se mantiene al tope de los “patentadores” yanquis de todos los tiempos, omitiendo que don Thomas Alva es conocido porque su oficio también fue su estafa: no inventó la bombilla eléctrica, ni el fonógrafo, ni el proyector de cine, para citar algunos de sus “logros” más conocidos. Eso sí:

los “patentó”. Los obituarios de Jobs también lo comparan con Henry Ford. En este caso se olvidan de su carácter como notorio fascista y antisemita. La pretensión generalizada de los obituaristas de que Jobs y Apple representan un capitalismo honesto innovador y productivo, diverso del que se viene abajo con la bancarrota de los bancos, es por lo tanto un invento. Nada más que una fuga hacia adelante frente a la barbarie de un capitalismo en estado de descomposición, que los negocios de Steve Jobs no pudieron dejar de reflejar. Las computadoras modernas de Apple se fabrican en China con el trabajo semiesclavo de centenares de miles de trabajadores (sí, centenares de miles). Sus filiales en este país “comunista” fueron investigadas algún tiempo atrás por la ola de suicidios que se extendía entre su personal, agobiado por una labor sólo interrumpida para alimentarse y dormir, por un sueldo de 100 dólares por mes y bajo una disciplina dictatorial. Las empresas que fabrican los millones de aparatos informáticos de Apple figuran al tope, además, en el ranking de las destructoras del medio ambiente. Apple, la manzana de Jobs, no era ciertamente muy saludable

Por supuesto, no se trata solo de la industria informática. La industria petrolera tiene una larga historia de adquisición de patentes para evitar que ciertos productos nunca lleguen al mercado; ni hablar de su responsabilidad en catástrofes medioambientales. Los monopolios automotrices han saboteado por todos los medios las investigaciones sobre la alternativa de un “auto eléctrico” que limitaría los males de la anárquica y destructiva producción de vehículos con motores de combustión. Los avances en el conocimiento de la evolución humana se han visto bloqueados por la extendida privatización del mercado de...fósiles. Los monopolios farmacéuticos impiden la producción en masa de medicamentos baratos, etc. (Palacek, 2010)

### **Discurso, vulgaridad, encubrimiento**

Contra lo que esgrime una suerte de discurso uniforme en nuestra región sobre las políticas de CyT supuestamente renovadas, que nos permitirían avanzar hacia una “sociedad del conocimiento”, lo dicho hasta aquí evidencia la vulgaridad del planteo. No vamos hacia una “sociedad del conocimiento” sino al revés, a un embrutecimiento creciente de la humanidad, a una miseria social más extendida e inclusive a la posibilidad de un retroceso civilizatorio; todo esto merced a la explosiva combinación de capitalismo, educación y ciencia. Esto no impide que la afirmación opuesta se incluya y repita sistemáticamente en los discursos gubernamentales de Argentina, Brasil y del llamado progresismo intelectual de nuestras latitudes.

El relato oficial en materia de CyT ha retomado sin ninguna originalidad los lugares comunes de la ideología liberal decimonónica, la misma que surgió con pretensiones de “aggiornamento” en la segunda mitad del siglo XX. La tesis de que la educación y la ciencia se transformarían *per se* en un factor de elevación del hombre a una nueva etapa de la civilización acompañó en su momento las ilusiones de que la “democracia”, la “libertad” y la “fraternidad” podían imponerse en el contexto de la sociedad capitalista, avanzando hacia un igualitarismo creciente. En nuestros países se trató, sin embargo, de una ilusión tardía o de una cobertura ideológica de las oligarquías que dominaban el proceso de integración de nuestra región como semicolonias del capital metropolitano.

En la posguerra el embellecimiento de la actividad de los científicos cobró vuelo por motivos diferentes. Después de medio siglo de barbarie bélica, el orden de Yalta y de Potsdam se presentaba como la fundación de un mundo de paz y de convergencia entre sistemas opuestos (que ya sabemos cómo concluyó). La apelación a una irrefrenable “revolución científica-técnica” (RCT), que hoy se repite, era ya entonces la fórmula que anunciaba un supuesto nuevo horizonte de la mano de los hombres del saber, en el orden existente. La RCT era la apelación clave en el lenguaje de los autorreformadores del stalinismo en las década de los 60 y los 70, es decir en las vísperas de su disolución. La intelectualidad hacía un culto abstracto de la ciencia y la tecnología, porque en el ámbito de la cultura estaliniana —y también de la izquierda liberal norteamericana— era el caballito de batalla para postular una “convergencia” entre capitalismo y socialismo. Uno de los íconos de este planteo fue Daniel Bell, recientemente fallecido, quien difundió la tesis de una sociedad “postindustrial” basada en la información y el conocimiento (ver Rieznik, 2005). La historia no se movía hacia adelante por medio de la revolución, sino por medio de la técnica y el saber científico; no por la lucha de clases, sino por el laboratorio y la academia; no por la clase obrera, sino por los científicos. Pero en lugar de un capitalismo que se superaba a sí mismo por medio del saber, lo que tuvimos fue su degradación a un casino universal que ahora revienta *urbi et orbe*. Las predicciones de Bell concluyeron en un completo fiasco: “Nunca un científico social ha interpretado tan erróneamente su momento histórico, ni ha hecho predicciones tan miopes que hayan sido refutadas en un plazo tan breve” (Petras, 2011).

A la ideología “cientificista”, en los 70, se la presentó en nuestras latitudes como una ciencia “rebelde”, según la denominación de Oscar Varsavsky, bajo la apariencia de representar una alternativa, inclusive “revolucionaria”. También como la posibilidad de una práctica tecnológica “autónoma”, si se toman algunos planteos de Jorge Sábato o Amílcar Herrera en Argentina. El asunto no pasó nunca del verbo a la acción. Ni hubiera podido, porque ni la ciencia ni su forma aplicada pueden superar por sí los límites del régimen político que las condiciona. ¿Hace falta recordar que entonces, en Argentina, Perón había vuelto al país no para abrir paso a la liberación de las fuerzas creativas de la nación sino para imponer a Isabelita y López Rega?

En Brasil, un planteo similar corría entonces por cuenta de Celso Furtado o inclusive de Severo Gomes, un ministro “desarrollista” que propugnaba en la época modernizar a la dictadura inaugurada por Castello Branco en 1964. El antiguo cientificismo propugnaba la invasión del capital extranjero en la esfera de la industria, como la primera fase del capitalismo en los países atrasados, una formulación que tempranamente había planteado el aprismo en Perú bajo el liderazgo de Haya de la Torre; una variante derechista del movimiento insurgente de la reforma universitaria que estalló en la Argentina en la segunda década del siglo pasado. Mucho después, el cientificismo tardío, con Fernando Henrique Cardoso como nave insignia, postuló la superación del antagonismo entre “dependencia y desarrollo” para justificar una política de adaptación al capital financiero (imperialismo) que más tarde se encargaría de ejecutar. *Dependencia y desarrollo* era el título de un célebre libro de cabecera de la intelectualidad de la época, que circulaba como agua en la academia progresista de los años setenta. Cuando el progresismo kirchnerista o lulista de nuestros tiempos repite fórmulas del pasado no ofrece otra cosa que el plato recalentado de una apología demodé. Nada nuevo bajo el sol.

## Las cosas por su nombre

La ciencia ha conocido con el capitalismo un desarrollo sin precedentes. Fue la consecuencia de una revolución social: con el ascenso de la burguesía, el monopolio de la cultura y del saber fue arrebatado a la nobleza y, decisivamente, al clero. Con una nueva forma de conocimiento, la ciencia llamada experimental contribuyó decisivamente a forjar el mundo moderno y a revolucionar nuestra concepción sobre el hombre y el universo. La ciencia fue incorporada en la sociedad capitalista al proceso de producción como un factor autónomo y contribuyó a desenvolver una elevación excepcional de la productividad del trabajo. El capital, apropiándose de la conquistas de la ciencia, hizo de la humanidad un taller social universal y creó la posibilidad del pasaje de nuestra especie a una nueva era histórica, “del reino de la necesidad al reino de la libertad”, para decirlo con palabras célebres. Pero sólo la posibilidad, una suerte de promesa incumplida e inclusive cada vez más distante en función de las limitaciones insuperables del propio capital. No sólo porque todo avance del metabolismo productivo es al mismo tiempo, bajo el capitalismo, un desarrollo de la explotación y de la alienación del hombre en el trabajo. También porque el capital ha arrastrado a la ciencia a las vicisitudes de su evolución histórica, que tiende a una decadencia también insuperable, transformando en su contrario a las formidables fuerzas productivas que puso en pie, es decir, desarrollando fuerzas destructivas, igualmente formidables.

En el siglo XX, la ciencia develó los secretos del mundo atómico, pero el capitalismo nos condujo a Hiroshima. La “revolución verde” permitió un incremento de la capacidad de producción alimentaria capaz de alimentar al doble de la población mundial, pero en el capitalismo “globalizado” la mitad de la humanidad no come o apenas puede desayunar, almorzar y cenar. La industria farmacéutica puede fabricar antibióticos de uso masivo para prevenir infecciones que afectan a los más pobres del mundo, pero no lo concreta porque no es lucrativo. Las computadoras más modernas, como vimos, se fabrican en reductos que congregan a centenares de miles de personas en China en condiciones laborales de semiesclavitud. El hardware y el software más avanzado del planeta se encuentran bajo control de los organismos de “seguridad” y/o al servicio de la gran especulación capitalista, ahora en una bancarrota generalizada. ¿Es necesario alargar la lista?

La actividad científica no puede sustraerse, ahora, al escenario de una crisis mundial que domina el presente con un alcance sin precedentes en la era capitalista. Los presupuestos se recortan, los científicos se quedan sin empleo, el trabajo calificado se dilapida, la investigación se paraliza, la educación y la cultura se degradan. El desempleo en masa de la juventud (50% en el continente europeo) incluye a una generación que es la cultural y científicamente más calificada...desde siempre. La crisis, naturalmente, no es un rayo en cielo sereno, es el estallido de contradicciones incubadas en el tiempo de una larga descomposición. En primer lugar porque muy tempranamente en el siglo XX la producción científica se transformó en una suerte de subsector del complejo industrial militar, relegando los estudios y aplicaciones relativos a la salud, la vivienda, la educación; un ámbito marcado por crecientes desigualdades que no han cesado de crecer. La conversión de la *big science* en una rama de la industria para matar y destruir tuvo su marca original en el emblemático “Proyecto Manhattan”, en el cual llegaron a trabajar 130.000 personas, con los mejores recursos científicos y materiales en un emprendimiento gigantesco que concluyó con...la bomba nuclear.

En segundo lugar porque desde los años setenta son muy manifiestos y “alarmantes” los indicadores de una decadencia generalizada en el ámbito de la CyT. El diagnóstico lo for-

muló en su momento Mario Bunge (1993), un privilegiado observador, de larga y destacada actuación en los medios universitarios anglosajones, representante de una de las variantes del positivismo académico. Los indicadores de una crisis que, según el propio Bunge, podría tornarse “irreversible” y hacernos regresar a una nueva era de oscurantismo propio del medioevo, son múltiples y variados: 1) los recortes sistemáticos en los fondos dedicados a la investigación; 2) la creciente privatización de la actividad científica y la decadencia del comunismo epistémico, que se concreta en la aversión cada vez mayor, por parte de los hombres de ciencias experimentales, a intercambiar datos, ideas y materiales, a causa de la competencia exacerbada y de las presiones comerciales; 3) el número cada vez mayor de casos de fraude y plagio, particularmente en las ciencias biomédicas, como resultado de la implacable competencia para conseguir subsidios y empleos; 4) la declinación del número de hombres de ciencia y estudiantes de ciencias en Estados Unidos y Gran Bretaña; 5) la prosperidad de las doctrinas y movimientos anti y pseudocientíficos y filosofías irracionales en los países industrializados. De conjunto asistimos a una degradación científica y a una “decadencia epistémica” (Rush, 1998) que, ahora, cobra contornos más explosivos con las consecuencias aún inconclusas de la actual crisis mundial

Crisis mundial: puede decirse que la sociedad misma estalla como expresión de su organización contraria a la ciencia, a la racionalidad, a las potencias creadas por el capitalismo y que él mismo está obligado a destruir. Los medios colectivos de alcance universal puestos en acción por el capital se enfrentan a la privatización creciente de esos mismos medios. Medios de producción que sólo pueden ser movilizados si rinden beneficios que tienden a escasear como resultado de la propia expropiación de la población trabajadora. Una centésima parte del uno por ciento de la población detenta en la actualidad el 40% de los activos económicos del planeta. La producción que puede crecer como si no tuviera límites, se niega como resultado de una explotación que reduce a millones de hombres a una situación de absoluta inhumanidad, al desempleo crónico y masivo, al trabajo indigno, a la completa precarización de sus condiciones de existencia. Una contradicción insoluble que estalla con la fuerza de un tsunami ante nuestros propios ojos. Apenas ayer, en términos históricos, el neoliberalismo —el capital— proclamaba que se había impuesto definitivamente con la colonización de los países en los cuales había sido expropiado, superando definitivamente las crisis: el famoso “fin de la historia”. La ilusión se desmoronó y todos hablan ahora de una especie de “historia del fin”. Europa tambalea, el “siglo norteamericano” se agota, la rebelión popular se extiende “indignadamente” como nunca antes. Nuevos tiempos.

Nuevos tiempos. Si se considera el desarrollo de la ciencia y la tecnología en la actualidad es claro, en cambio, que existen los fundamentos materiales para la emancipación del trabajo compulsivo y embrutecedor, susceptible de ser sustituido por la máquina, por el proceso automático, por la información transmitida instantáneamente urbi et orbe; en síntesis, por una productividad sin antecedentes del esfuerzo humano potenciado al infinito por las conquistas de la civilización entera. Ningún científico puede ignorar que se han creado condiciones únicas para superar inclusive a la más antigua de las divisiones del trabajo, la que se crea entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Sin embargo, contradictoriamente, frente a estas posibilidades reales, lo que prevalece son los abismos sociales planetarios, las catástrofes económicas y aún la barbarie del belicismo; todo ello alcanzando un nivel inigualado en el pasado. No se puede ni se trata de elevar al hombre por medio de la ciencia y la tecnología sino de liberar a ambos de un metabolismo social históricamente agotado. Educación, ciencia y capitalismo se han transformado definitivamente en términos incompatibles. Saquemos las conclusiones.

## Notas

1 Una primera versión de este artículo fue presentada en el “Seminario sobre Ciencia y Tecnología” organizado por la Asociación de Docentes de la Enseñanza Superior de Brasil (ANDES – SN) el 17-18 de noviembre de 2011, en la Mesa titulada: “Capitalismo, Centro e Periferia na Produção do Conhecimento”

## Referencias

Bunge, Mario (1993) *Sociología de la ciencia*. Buenos Aires: Siglo Veinte.

Dagnino, Renato (2011) “Para una nueva Política de Ciencia y Tecnología: contribuciones a partir de la experiencia brasileña”, *Revista Voces* núm. 9, Buenos Aires. <http://www.vocesenelfenix.com>

Grupo de Gestión de Políticas de Estado en Ciencia y Tecnología (2010) [www.grupogestionpoliticas.blogspot.com](http://www.grupogestionpoliticas.blogspot.com), noviembre.

Palacek, Mike (2010) “Capitalismo vs Ciencia”, en [www.marxists.com](http://www.marxists.com), 22 de septiembre.

Petras, James (2011) “El imperio pierde a un publicista: epitafio de un ideólogo” en [www.rebelion.org](http://www.rebelion.org), 26 de febrero.

Rieznik, Marina (2005) “La objetividad en la ciencia”, en Rieznik, Pablo, *El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo. Marx Darwin y la ciencia moderna*. Buenos Aires: Biblos.

Rush, Alan (1998) “Ciencia y capitalismo posmoderno”, en *Herramienta* núm. 8, Buenos Aires.